

SEMANARIO PATRIOTICO.

N.º L.

Jueves 21 de Marzo de 1811.



POLITICA.

SOBRE LA FUERZA DEL GOBIERNO.

La Nacion española creyó en el instante admirable de su heroico sacudimiento tener fuerza bastante para contrarrestar la violencia de la agresion francesa. Los sucesos públicos de dos años á esta parte estan en una aparente contradiccion con este pensamiento. ¿Será verdad que esta confianza tan noble no ha sido mas que un error de la vanidad, ó una ilusion de la ignorancia?

Quexabanse antes todos de la flaqueza y debilidad de los gobiernos pasados. Los infortunios que cargaron sobre el primero le hicieron desaparecer, y el segundo terminó el ejercicio de su autoridad con la reunion de las Cortes. Estas instituyeron una Regencia nueva. A cada mudanza hemos creido que íbamos á trocar de direccion y á mejorar de fortuna; y en cada mudanza hemos visto que las cosas siguen en el mismo orden que antes tenian, que la marcha es lenta, los esfuerzos flojos, los resultados débiles ó nulos. Quando la Junta Central pediamos Regencia: quando la Regencia, Cortes: ahora que tenemos Cortes y una Regencia nueva; qué pediremos? Uno pedirá un Dictador, otro un Príncipe Aleman, este un Ingles, aquel un Portugues; y todos estos proyectos no harán otra

hhh

cosa que manifestar nuestro desaliento, ó por mejor decir nuestra indolencia.

Que nos digan los que confundiendo pueblos con pueblos, tiempos con tiempos, instituciones con instituciones, se acogen al escudo de la Dictadura, ¿donde está el personage verdaderamente grande y virtuoso, el hombre singular y extraordinario que se atreva á tomar sobre sus hombros este peso tan enorme. ¿Se ha mostrado ya por ventura en el teatro de nuestra revolucion aquel que diciendo, *obedecéme y vo os salvo*, toda España le crea y se someta á su imperio? Embrollones tan llenos de ambicion como faltos de talento serian faciles de hallar: pero ni estos nos sacarian del estrecho en que nos vemos, ni el seso del pueblo español, que ha desconsertado hasta ahora sus locas esperanzas, les dexará jamas arbitrio de poderlas realizar. Es preciso que se desenganen estos dóciles políticos, tan prontos á someterse al arbitrario absoluto de uno solo: las Dictaduras quando estan prevenidas en las leyes son utiles á un estado: quando no, nadie las nombra, ellas se ponen y entonces no son Dictaduras, son tiranías.

No menos superflua, y mucho mas degradante para los que se precien de españoles, es la otra idea de traer un Príncipe extrangero para que nos gobierne. No nacen nuestros males de la division de los partidos ó de la ambicion de los facciosos. Falta de medios prontos y efectivos es lo que al parecer nos destruye. Si hay, pues, en el mundo un potentado que pueda disponer de doscientos mil hombres bien disciplinados, bien aguerridos, y bien mandados, con los quales quiera darse el lauro de salvarnos de los franceses, y restituir el trono á su legitimo monarca; este tal vez podrá proponernos que troquemos con su poder nuestra libertad y nuestra gloria. ¡Pero hasta tanto!... Oh espa-

ñoles, no nos hagamos ilusion; la verdadera fuerza de una nacion generosa y resuelta, está en sí misma.

Ni Henrique de Castilla, ni Pedro de Portugal, ni Renato de Anjou, implorados sucesivamente por los catalanes en el siglo décimo quinto, fueron poderosos á salvarlos del poder de su aborrecido D. Juan. ¿Por qué? Porque desconociendo la fuerza que tenian en sí mismos, fueron á buscarla en el imperio ageno. Los holandeses burlaron los esfuerzos de la monarquia española en su mayor poder: mas no fue quando *trocando malamente en sumision las alianzas*, llamaban desalentados para que los mandasen, á príncipes extraños. Fué quando vueltos en su acuerdo, hechos prudentes con la experiencia y fuertes con la virtud, sacaron de sí mismos los medios de la resistencia y la equib libraron con el poder de sus contrarios.

No hay duda: nuestra fuerza está en nosotros, y nuestra desgracia consiste en que los gobiernos que hemos establecido para reconcentrarla no han tenido la energía suficiente á ponerla en movimiento. Pudieran tal vez la Junta Central y la primera regencia por las circunstancias que precedieron á su instalacion, no creerse autorizados á usar para hacerse obedecer de todos los medios que la situacion de las cosas públicas imperiosamente prescribia. Condóneseles en buen hora este error político; ¿pero quién lo condonará al gobierno actual? Y por gobierno no entendemos precisamente el poder ejecutivo que es la acepcion rigurosa del término; entendemos todo el sistema de autoridad que dirige ahora el estado. Ninguno en su principio pudo tener la fuerza de opinion que este llevaba consigo. Las Cortes, compuestas de diputados de todas las provincias y formando una sola representacion; la Regencia menos numerosa, instituida de nuevo y nombrada por ellas, reunian

todos los votos, cifraban en sí todas las esperanzas, y no dexaban lugar á la divergencia de las opiniones, ni á los esugios del egoismo. Los patriotas se decian en la exáltacion de su esperanza: ahora tenemos un gobierno popular; ahora vamos á ser fuertes.

No lo somos sin embargo aun, y las señales son de no serlo todavía en mucho tiempo, si es que prontamente no mudamos de camino. Las autoridades actuales como sus predecesoras no se han desengañado todavía de que es imposible que la máquina política ruede por precipicios montada sobre muelles viejos y cansados. Á cada paso estos muelles se rompen, el movimiento se para, la composicion gasta tiempo, y el enemigo audaz é impetuoso se aprovecha de estos momentos perdidos, y consigue unas ventajas, menos debidas á su superioridad que á nuestra imprudencia.

No nos cansemos: nadie es fuerte en el campo si es pusilánime en su casa: para ser vigoroso con los franceses necesita el gobierno serlo primeramente con los españoles mismos. Los dos resortes principales de la resistencia consisten en un ejército disciplinado y en un tesoro suficiente á mantenerle: ¿puede por ventura dárseles elasticidad sin obstáculos, reclamaciones, quejas y dificultades? ¿Se puede conseguir esto sin castigos prontos, sin elevaciones no esperadas, sin remociones imprevistas, sin sacrificios grandes de sangre y de dinero? El interés individual forzado á ceder y á sacrificarse al interés general dexará de oponer quantos medios esten en su alcance para entorpecer la accion de la autoridad y evadirse de la carga? No, no omitirá ninguno: pero el gobierno marchando rápida y fieramente á su fin, fuerte con la opinion pública que quiere que haga quanto pida la salud de la Patria, arrollará estas resistencias parciales y las hará servir al exemplo ó al escarmiento.

Es verdad que para esto se necesita en los que mandan una resolución incontrastable, un valor heroico y una osadía á toda prueba. Los gobiernos antiguos se sostienen en las desgracias por el hábito inveterado del respeto y la obediencia, y por la reverencia y amor que á veces inspiran los Príncipes que estan á su frente. Mas los gobiernos nuevos no tienen otros medios que el rigor y la firmeza para hacerse obedecer y hacer suya la fortuna, con la qual se consolidan. Aquellas dotes no se exercitan sin el inminente riesgo de las reacciones: ¿pero quien ha pensado que mandar política, civil ó militarmente en tiempo de borrasca es negocio descansado y seguro? Las revoluciones no son juegos de niños; y los que intentan obligar á otros á que pongan en este terrible embite su sangre y su existencia, es preciso que empiezen por jugar la suya primero. El que tenga miedo á las consecuencias del rigor justo y necesario que mandan la patria y la justicia; ese no ocupe el tribunal de legislador, ni llene el trono de regente, ni se siente en el bufete de ministro, ni empuñe el baston de general: un cobarde no puede hacer valientes.

Asi si el gobierno hace menos de lo que puede, no extrañe que los demas hagan menos de lo que deben. La indolencia y el desaliento son un contagio que cunde con mas celeridad que la exaltacion del entusiasmo, y lo peor es que dura mas tiempo y sus consecuencias son mortales. No es nuestro ánimo llamar la atencion pública sobre tales personas y tales sucesos: esto seria acusar, y nosotros no acusamos. Pero que cada uno de los individuos grandes ó pequeños que han tenido influxo en los acontecimientos políticos y militares de estos últimos tiempos, meta la mano en su pecho y diga con verdad y buena fe si ha hecho quanto cabia en sus medios, ya de consejo, ya de

execucion para llevar adelante la causa nacional. Si por desgracia no son muchos los que pueden darse este honroso testimonio; ¿á qué buscar en otra parte el origen de nuestro atraso? Digamos que en nuestro corazon está ya apagado el zelo, y que las virtudes todas han enmudecido en nosotros.

Digamos todavía mas, aunque sea triste y vergonzoso confesarlo: digamos que tenemos asesinada la patria con esta desconfianza, ó por mejor decir, desesperacion, con que miramos nuestra causa. Ah! Sin duda alguna, no mandan bien, no obedecen, no combaten, ni contribuyen, los que tienen ya en su pecho muerta la esperanza, y piensan que sus esfuerzos son inútiles. Nadie es tan simple que se sacrifique por quimeras, y el que vá á lidiar persuadido de que no puede vencer está ya casi vencido. ¿Qué extraño sería entonces que Napoleon nos rindiese como á las demas naciones del continente? Lo verdaderamente extraño es que ya no haya completado su victoria

Pero el pueblo español no se tiene por vencido; y aquellos que el ha buscado para que le guien, sino piensen como el piensa, responderan siempre mal á su confianza. Valiera mas en tal caso no admitir la autoridad, que ejercerla floxamente, y que por lo mismo ha de ser efimera en sus manos, inutil y aun perjudicial á la causa pública, peligrosa en extremo para ellos mismos. Porque no basta en las revoluciones dirigir los negocios baxó aquel sistema regular y ordenado que en otras épocas satisface la responsabilidad y ataja las reconvenciones. No; es preciso vencer á todo riesgo, á toda costa; sino, el pueblo en la rabia que le causan los desastres, echa la culpa á los que mandan, del mal que les sucede, y sordo á sus razones, los sacrifica sin compasion, ó los sumerge en el oprobio.

Valiera mas, repetimos, no admitir una autoridad fundada solamente en esta causa que tan desesperada nos parece. Lexos de esto, solicitamos los empleos, codiciamos los honores, nos pavoneamos con los distintivos. ¿Y quién ha dado principio y consistencia á estas ventajas personales sino la revolucion? ¿Y donde irán á parar, si ella retrograda y fenece? Seamos pues consiguientes; y ó no admitamos nada de la causa popular, ó sirvamosla con el ahinco que corresponde á la conservacion de nuestra existencia política y civil. Contentarse con vivir de este orden de cosas mientras dure, y servirle solo lo preciso para no dar lugar á acusacion ni á sospecha, es traficar con las desventuras de la patria, convertirse en viles mercenarios, y desnudarse sin pudor alguno del carácter de hombres de honor y de la calidad de ciudadanos.

¡Ojalá que esta reflexion amarga tenga en sus aplicaciones menos extension que la que los buenos se temen! Nosotros por honor á nuestra patria lo deseamos así; pero de qualquier modo que sea, el gobierno solamente es quien puede atajar las tristes consecuencias de semejante disposicion de animos. Quando en entereza, en actividad, en vehemencia de patriotismo, las Cortes primero, despues la regencia, y luego los primeros funcionarios civiles y militares sobrepujan y vayan delante á los demas agentes é individuos del Estado, entónces ciertamente el desaliento habrá de convertirse en confianza y en progresos los atrasos.

Sin fuerza no se resiste á los fuertes: sin fuerza no contendremos la América, ni seremos respetados de los aliados, ni arrojaremos de España á los franceses: sin fuerza no encontraremos recursos, ni tendremos en los exércitos la disciplina severa que nos falta, sin la qual á pesar de la excelente disposicion de nuestros soldados, jamás ade-

lantaremos nada. Estas son las razones, por las cuales deseamos que el gobierno sea mas fuerte y mucho, y él lo será quando determine serlo; porque digan lo que quieran los pusilánimes y descontentadizos, todavía es tiempo.

*Continúan las observaciones sobre el sistema militar de Buena-
parte.*

Por lo dicho en el número anterior es facil entender que el objeto principal de las naciones que resisten á los exercitos del tirano, es hacer impracticable la aplicación de su fatal sistema. Esto se logrará entorpeciendo su terrible *movilidad* y desbaratando la *uniformidad* de sus movimientos, como acontece en la guerra de España, donde han hecho *menos progresos* que en otras partes por defecto de las dos causas indicadas.

Quisieramos, sin embargo, que los españoles adoptasen para si mismos esta *unidad* tan necesaria en las operaciones militares, y entónces conseguirían las ventajas que deben proponerse por objeto, y son: no el matar cierto número de franceses, é interceptarles algunos carros, sino el ganar terreno y tomar las plazas fuertes. Para esto es necesario un plan de operaciones bien combinado; ¿y cómo podrá este executarse obrando un ejército independiente-mente de otro, contra los buenos principios del arte militar?

En Portugal se ha establecido un *centro* de operaciones: las circunstancias exigen imperiosamente que se establezca otro semejante en Cataluña: de la adopcion de esta medida pende tal vez la salvacion de España. Milord Wellington es en el día el apoyo mas firme de la confederacion: pe-

ro si por desgracia no fuese el gefe *único* de las fuerzas reunidas en Portugal, acaso los franceses ocuparian hoy á Lisboa.

El establecimiento de un *centro de unidad* en España no debe alterar en nada el sistema actual de las hostilidades, que consiste en acosar incesantemente á las tropas del usurpador. Los diversos cuerpos de ejército españoles pueden obrar de comun acuerdo sin reunirse en *masa*; por que esto solo corresponde á un ejército disciplinado que se halle en estado de maniobrar, como el ingles, y solamente en el caso de verse obligado á una defensiva rigurosa como la de Milord Wellington.

Aunque los recursos locales no permiten á los ejércitos subsistir sin almacenes en España; con todo los españoles tienen en Cataluña grandes ventajas sobre los franceses por la proximidad del mar. Esta circunstancia les proporciona el medio de obrar con menor circunspeccion que sus enemigos, pues no tienen que temer la falta de víveres al paso que los franceses están siempre expuestos á ella. Así que el objeto principal de los españoles debe ser el interceptar convoyes; y si obran con inteligencia los diferentes cuerpos de ejército, pueden por aquel solo medio hacer rendir las armas al ejército frances.

Enseñoreados una vez los españoles de la campiña, encontrarán entre sus habitantes recursos desconocidos á sus enemigos. Se desembarcarán en la costa bastimentos de toda especie, y surtiendose de ellos las poblaciones ofreceran á las tropas medios inagotables de subsistencia. Podran entonces acelerar sus operaciones: la guerra será de cada vez mas funesta á los ejércitos franceses, que tal vez se verán, en fuerza de unas sabias combinaciones, estrechados hasta el extremo de perecer de hambre, á vista de sus enemigos bien provistos.

Indicando en el número anterior las ventajas del sistema militar de Buonaparte, las atribuimos á dos causas principales, á saber: la *movilidad* de las tropas francesas, y la *uniformidad* de sus movimientos. Las expediciones del emperador corso en Alemania demuestran la verdad de aquella asercion; y los lentos progresos del ejército frances en España la corroboran fuertemente. En efecto las tropas del usurpador se ven acosadas en dicha península por todas partes y de todos modos; tienen que hacer almacenes para subsistir, y esta sola circunstancia bastaría para explicar la larga resistencia que experimentan.

Furioso con la admirable é inesperada defensa de los españoles, quiso Buonaparte poner fin á esta guerra interminable con un vigoroso esfuerzo. Arrojáronse á Portugal mas de ochenta mil combatientes al mando de un general impetuoso; y ciertamente si lord Wellington no hubiera hecho uso de sus grandes conocimientos para anular con la mas prudente defensiva los designios de Masena, se hubiera atribuido á éste una capacidad militar exclusiva. Buonaparte quería una batalla en Portugal como la logró en Austerlitz de la presuncion y petulancia de los generales rusos; mas esta vez se engañó, y este error tan palpable nos presenta sus operaciones militares en España baxo un punto de vista poco favorable á su agigantada reputacion de gloria y heroísmo. Desde que compró la paz de Austria se han empleado contra la nacion española numerosos cuerpos mandados por sus mejores generales; y mientras se entretiene un grande ejército en Portugal, se ve amenazada la frontera de su imperio en el norte de España. Una sola victoria ganada en Cataluña por los españoles puede comprometer á todo el ejército frances derramado por la península. En tal

caso se desengañaría la Europa acerca del mérito exágerado del insolente favorito de la fortuna.

Pero si, contra las esperanzas y el deseo de los buenos, Napoleon lleva al cabo su execrable empresa de subyugar á los españoles, será porque estos no tengan tanta prudencia como valor, y en este caso la culpa no recaerá sobre el pueblo que executa, sino sobre sus caudillos, y sobre el gobierno que padiera salvar á toda la Europa siendo enérgico y sabio.

Concluirémos este discurso con algunas reflexiones acerca del mérito personal de Buonaparte. Este hombre á quien la fama, y para mayor desgracia, la victoria nos representan como un gran capitán, no merece en nuestro dictamen la reputacion que se complacen en darle sus admiradores.

Verdad es que su vigilancia, actividad y penetracion llegan al extremo, como acredita la funesta serie de sus victorias; pero tampoco puede dudarse que sino hubiese hallado en los exércitos franceses oficiales y generales ya amaestrados; sino mandase al pueblo mejor dispuesto para los combates rápidos; y finalmente sino hubiese tenido siempre contra sí generales tan cobardes como gnerantes, en breve desaparecería la ilusion. El observador imparcial conocerá que el emperador corso, lejos de emplear bien los grandes medios que tiene a su disposicion, está abusando de ellos incesantemente.

Á este hombre le domina una pasion que se acrecienta en medio de sus victorias, y viene á quedar siempre en tal situacion que la pérdida de una gran batalla, aun despues de ganadas quarenta, puede hacer vanos todos sus sacrificios asi de hombres como de dinero. La pasion de que hablo es el miedo, y á pesar de esto

muchos le han confundido con la audacia ; pero no hay que engañarse ; Napoleon solo es audaz quando conoce la flaqueza de sus enemigos: entonces le vemos amenazar al universo con su *genio*, poder, y fortuna..... ¡Ah! Si hubieramos penetrado su interior quando acosado por las tropas imperiales en las llanuras de Marengo, perdió la esperanza y la cabeza en lo mas sangriento de la batalla; (a) nos hubiera parecido el *héroe de este siglo* mas digno de menosprecio que de admiracion. Tambien se le vió acongojado de mortales agonías quando sus legiones fueron tan valientemente rechazadas en Aspern por los austriacos, y deshechas con el terrible fuego de la artillería. El poderoso despota que pasó el Helesponto al frente de un millon de esclavos para tiranizar á los Griegos, hubo de repasarle despues fugitivo en la barca de un pescador: á su semejanza el *gran Napoleon* tuvo que salvarse en un barquichuelo huyendo á toda priesa á la orilla opuesta del Danubio. Su *genio*, su audacia, todo desapareció entonces, y el mismo que algunas horas antes hablaba descaradamente de su omnipotencia, la vió desvanecerse en un momento. Testigos fidedignos le observaron en tan penosa situacion: la turbacion y el espanto se retrataban en aquel semblante, poco antes insolente y orgulloso: el *héroe* habia desaparecido. Pero el destino tenia dispuesto que el Archid que fuese inmóvil: no hay duda, la estupidez del general austriaco dexó respirar á Buonaparte y aprovechar de nuevo la ocasion de vencerle. Con todo la batalla de Esling ha sido una leccion

(a) El buen éxito de la batalla de Marengo se debió á la pericia del general Dessaix, no á Napoleon que la tuvo perdida por mucho tiempo.

para él terrible; y si el ejército austriaco llega á tener algun dia, para dicha nuestra y honra de Francisco II., un gefe digno de su valor, una sola campaña explicará á los pueblos subyugados y á los reyes vencidos el secreto de la fortuna gigantesca de Napoleon.

Estas observaciones y las del número anterior, están vacadas de una obra francesa, cuyo título es: Ensayo sobre el sistema militar de Buonaparte.

CORTES.

Sesiones del 7 al 14 de Marzo.

OBSERVACIONES.

La solicitud de los apoderados de Espos y Mina, de que hablamos en el número anterior, volvió hoy al congreso con el informe que se habia pedido á la regencia, y volvió á ocupar otra sesion. Lo peor es, que cada partidario en particular, acudirá ahora al Consejo de regencia, y de allí á las Cortes, sino logran lo que piden; y entre si son mas ó menos benémeros, se irán las horas y se perderán los dias. ¿No hubiera valido mas, que estandose ya trabajando el plan de guerrillas, se hubiese dexado para entónces la resolucion de este asunto? De seguro se hubieran ganado dos dias, que podrian haberse ocupado utilmente en acelerar los medios de reemplazar y mantener los ejércitos.

La junta superior de Aragon, en apelacion de la regencia que se lo habia negado, acudia á las Cortes, pidiendo

sus individuos la cantidad que se juzgase conveniente para poder subsistir. Habia acordado el congreso no ocuparse en asuntos particulares; acababa de poner las juntas baxo la dependencia del poder ejecutivo, acababa de decretar que sus individuos no tendrian sueldo; y sin embargo admite esta pretension, la discute prolixamente, y la recomienda á la regencia, para que procure proporcionar á los interesados los auxilios necesarios para mantenerse de los fondos que haya disponibles en los pueblos mas inmediatos á su residencia. He aquí otra nueva fuente de distraccion: las pretensiones de los individuos de juntas que tengan ocupados sus bienes, y por consecuencia todos los que por servir á la patria, se hallan en igual caso, acudiran ahora á las Cortes con su relacion de meritos. Entre tanto se sigue discutiendo la memoria del ministro de hacienda como si los exercitos estuvieran vestidos y provistos; como si el metodo actual de mantenerlos, no estuviera arruinando á toda priesa las provincias.

En la sesion del nueve siguió la discusion del nuevo arreglo de provincias. Las disputas y competencias de las juntas actuales, y los últimos acaecimientos de algunas provincias, de que no se ha enterado al público por el gobierno, dexandole por consiguiente expuesto á la influencia de relaciones y noticias parciales, movieron al congreso á acelerar la discusion de los artículos del nuevo reglamento.

No podemos menos de notar una especie de contradiccion del Consejo de regencia consigo mismo. Nos dice en la sesion del diez „ que la guerra que tan noblemente sostiene España es guerra de libertad y de pueblo; y Napoleon que ha sabido destruir con sus armas los exercitos mas disciplinados, ha visto desaparecer la victoria en los continuos ataques que los pueblos le ofrecen á cada paso. Nin-

gun premio se puede llamar excesivo, quando sirve para fomentar la santa insurreccion, y para coronar los nobles esfuerzos de los campeones de la independencia. " Si esto es así, como efectivamente lo es en nuestra opinion, ¿porque se trata con tan poco interés á las partidas de guerrilla? ¿Qué mengua puede resultar á los militares de que los paisanos tomen y tengan parte en la gloria de vencer? ¿Han bastado para esto los exércitos por sí solos? Admita pues el gobierno el auxilio de los paisanos, y en vez de mirarlos con poco aprecio, procure, evitando los inconvenientes, mejorar las partidas de guerrilla; sin las cuales y sin plebe ya habriamos sucumbido, y en las cuales fiamos gran parte de la mudanza que vamos experimentando, aunque con mas lentitud de la necesaria.

La derrota de los franceses en los campos de Chiclana, las esperanzas concebidas en su consecuencia, y las dudas sobre un hecho de tanta importancia, ocupaban desde la noche del cinco á toda clase de personas, y eran el asunto de todas las conversaciones. Como precursora de las medidas que sobre este asunto se preparaban, miramos la proposicion hecha en la sesion del once por el Sr. Oliveros. Exponía que ya era tiempo de que se realizasen y cumpliesen los justos deseos que siempre habia tenido la Nacion de saber las causas y los autores de nuestros buenos y malos sucesos. Que el pueblo español sabia distinguir la desgracia del error, las pérdidas que provienen de la mayor fuerza ó destreza del enemigo, de las que son motivadas por la ignorancia ó el crimen; no confundía al general patriota, aunque desgraciado, con el cobarde é indolente; y detestaba al que con siniestra intencion (si ha habido alguno) le ha precipitado en el estado en que se halla. Para ase-

gurar la opinion del general experto y valeroso y para que el floxo ó delinquente no quedase sin castigo, pedía, que despues de qualquiera accion, fuese feliz ó desgraciada, se investigase la conducta del general ó generales que la hubiesen mandado, segun prevenia la ordenanza, comenzando por la accion del 19 del pasado al frente de la plaza de Badajoz, como único modo de reanimar las provincias, y de fomentar el entusiasmo nacional: concluyó pidiendo que siendo esta una medida urgente, y que no requería discusion, se aprobase ó desechase inmediatamente. Apoyaronla varios Sres. Diputados; pero se dexó para discutirla otro dia. Por la noche hubo sesion extraordinaria para tratar, ó mas bien, para hacer saber al público lo resuelto acerca de los acontecimientos del cinco. Leyóse la orden de las Cortes á la Regencia del nueve, pidiéndole informe sobre dichos acontecimientos: el oficio del gefe del estado mayor del diez, incluyendo copias de los partes dados al gobierno sobre dicha accion, y en fin la resolution de las Cortes queriendo, que en vista de no parecer calificada con la necesaria claridad la conducta militar del general en gefe, haga la Regencia inmediatamente la mas escrupulosa investigación, con todo el rigor de las leyes militares, sobre un suceso tan transcendental á la libertad é independencia de la monarquía. Si hemos de juzgar de los deseos de los demas por los nuestros, podremos decir que esperabamos aquella noche enterarnos del plan de la expedicion, si acaso no había ya inconvenientes en manifestarlo: creíamos que á esto se succedería la relacion de lo ocurrido hasta el cinco: que sabriamos los diversos sucesos de este dia, el plan de la accion, el número de enemigos que habiamos atacado, ó habian atacado á nues-

ro ejército, y la parte que cada una de las divisiones había tenido en la victoria. Sobre todo, como la opinion estaba incierta sobre la conducta del general en jefe, creíamos haber sabido cómo había sido atacado el ejército de nuestros aliados, si había sido posible auxiliarlo, si debió hacerse, motivos que lo impidieron, y en fin las causas que pudo haber para no sacar de la derrota del ejército frances las grandes ventajas que segun la opinion pública podíamos prometernos.

Pero todo esto estaria ya hecho en las sesiones secretas que precedieron, y por consiguiente el público ó nosotros al menos, no pudimos formar juicio por la lectura de los partes ni de la conducta del general, ni de las operaciones de cada division, ni de los hechos sobre que recaian los elogios que daban los gefes á los que se habían distinguido en este dia. Esperamos, pues, que la publicacion de estos datos pongan á la Nacion en estado de juzgar de un acaecimiento tan dudoso como importante. El hecho es público é incontestable: resta saber si los descargos son convincentes. El resto de la sesion se empleó discutiendo la proposicion siguiente del Señor Morales de los Rios que había sido admitida dias antes.

Se dirá al Consejo de Regencia que las Cortes declaran expresamente que está en sus facultades dar siempre que lo crea conveniente el mando de los ejércitos, divisiones, regimientos &c. á qualquier militar que reuna los conocimientos necesarios para su desempeño.

Aunque muchos señores Diputados hablaron en pro y en contra de ella, con conocimiento y reflexion, no nos parece haber sido mirada baxo su verdadero punto de vista y baxo su verdadero é implícito sentido. Creemos que la proposicion del Sr. Morales de los Rios era una prueba

ijj

de la necesidad en que estamos de abandonar la antigua rutina, de no mirar los ejércitos como patrimonio de generales que no sean á propósito para mandarlos; de la necesidad de valerse de gentes nuevas, interesadas de co-razon en la defensa de nuestra causa; de quitar á la Regencia el reparo que pudiera tener en valerse alguna vez y oportunamente de alguna persona sobresaliente. No miramos el cargo de general ni como un premio concedido á un particular, ni como un adelantamiento en su carrera, aun quando resulte asi al que logra la confianza del gobierno, y estamos persuadidos de que el objeto de dicha proposicion es enteramente opuesto al de facilitar ascensos á las primeras clases; por el contrario, mas conveniente sería el que estos fuesen siempre proporcionados á la capacidad del que los ha de desempeñar.

Repetimos, pues, que el preparar la opinion para que el Consejo de Regencia no halle embarazo al valerse de un hombre de un mérito extraordinario, no es establecer una regla general para hacer gefes á los que apenas merezcan ser subalternos: excesos de esta clase en el sistema actual, si una vez se cometen, hallan el castigo en el público desprecio de padrinos y agraciados.

La proposicion del Sr. Morales de los Rios fué aprobada. A consecuencia del dictamen de la comision ultramarina, se aprobaron en la sesion del doce y siguientes varias medidas relativas á mejorar la suerte de los americanos, librándolos del derecho personal, permitiéndoles abrir tiendas de comestibles ó pulperías, sin pension alguna, moderando los derechos del pulque, renovando la prohibicion de los repartimientos, y mandando que asi á los indios como á las castas de color se les diesen tierras baldías en propiedad.

El Consejo de Regencia hacía saber al Congreso en la sesión del trece que el marques de Castelar, procediendo según sus principios, y conociendo las urgencias del estado, no había admitido el sueldo de Regente interino por el tiempo que había servido dicho cargo; así como no percibía tampoco gratificación alguna ni sobresueldo como Capitan de Reales Guardias de Alabarderos, contentándose con el de Teniente General que no renunciaba por no tener otra cosa de que subsistir. El Consejo de Regencia había dado las gracias al Marques, y las Cortes satisfechas de su patriotismo mandaron publicarlo en el diario; y nosotros lo hacemos aquí para dar también por nuestra parte el tributo de alabanza que se merece este noble desinterés en un ciudadano, que como el marques de Castelar ha sacrificado á la causa pública tantas conveniencias.

La principal discusión de este día fué sobre el modo de decidir las competencias entre diversas jurisdicciones.

El poder legislativo y ejecutivo reunido en las manos del rey, tenía también baxo su dependencia arbitraría el judiciario, y un ministro del Despacho á nombre del rey era quien decidía las competencias de los tribunales, del mismo modo que aprobaba ó anulaba frecuentemente las sentencias de los tribunales. Se acordó que la Regencia oyendo al Consejo y tribunales superiores que crea convenientes, informe de la regla que deba seguirse para evitar dilaciones y administrar justicia.

Oída la comisión nombrada para examinar el expediente del marques del Palacio, el Congreso se conformó con su dictamen y el de la Junta nombrada para entender en la causa, reducido á que el Marques se presente á jurar lisa y llanamente en el Congreso y so

archiven las diligencias, formando la misma comision un extracto para publicarlo. Muchos hubieran querido mas rigor en una materia tan delicada y de tanta trascendencia: pero las Cortes indulgentes ya una vez con el obispo de Orense, han querido tambien serlo con el marqués del Palacio. Nosotros nada añadiremos sobre una cuestión ya en la actualidad personal, y por lo mismo odiosa: solo sí, quisiéramos que se diese al público íntegro el dictamen fiscal de la causa, en que su autor D. Antonio Cano Manuel manifiesta con tanta dignidad como evidencia, quán acordes están nuestras leyes con los principios políticos, que ahora los fautores del poder arbitrario repugnan como novedades peligrosas y desconocidas entre nosotros.

Despues de lo que advertimos en el número anterior, sobre la inexactitud de las autoridades hablando con el Congreso, creíamos que no habria necesidad de insistir en este artículo; pero ahora pensamos, que pudieramos haber omitido todo lo que diximos allí, para reunirlo todo en este lugar, con motivo de la felicitacion de la Audiencia de Sevilla á las Cortes sobre su traslacion á esta Ciudad en la sesion del catorce. En su discurso el Sr. Decano llama *rey* al Congreso, *reales* sus decretos, *real* su aprobacion, y *ministro* de las Cortes el poder judicial. Esperamos que la constitucion que se está formando, fixe de una vez las ideas generales en que se ha de fundar.

NOTICIAS.

Dimos en el número anterior una relacion de la batalla del 5 sacada de diferentes apuntes que se nos habian comunicado para nuestra instruccion. Hemos oido que algunas personas están quexosas de ella, y confesamos que no entendemos en qué pueda consistir esta quexa. La intencion sola es la que pudiera dar motivo á ella, y nuestra intencion ha sido, como siempre, decir ó poner en claro la verdad. Asi lo protestamos en el preambulo de aquel artículo, ofreciendo rectificar qualquiera equivocacion ó inexactitud, en que por falta de instruccion ó de datos, pudiesemos incurrir; y creíamos que esta ingenuidad nuestra alexaba toda especie de reclamacion y descontento. En efecto los que no están gustosos de nuestra narracion por los errores que contiene, en vez de quexarse, sería mejor que nos comunicasen sus noticias para corregir nuestros defectos, y en ello nos harían favor y justicia. Por esta razon insertamos con la mayor satisfaccion y la mas sincera gratitud la carta siguiente, que se nos acaba de comunicar.

„ Señores Editores del semanario patriótico: como han ofrecido Vs. corregir las equivocaciones en que la diversidad de noticias sobre los acontecimientos del 5 les hayan hecho caer, me apresuro á contribuir á ello en la parte que puedo, y sin ánimo de elogiar ni censurar con parcialidad á nadie.“

„ Han omitido Vds. en su su relacion advertir que el general en jefe mandó un aviso al general Zayas de lo que convenia que hiciesen pero los ingleses que no se persuadirian á que se le mandase sin pasaporte, detuvieron el oficial y el barco en que iba.“

„ Que el vigia de la torre de Cimbreros pudiese avisar nuestro ejército á cosa de las nueve, lo dudo: que el primer parte de haberlos avistado fué á las diez, es un hecho que voy á poner en claro, para que no haya lugar á interpretaciones.“

Extracto de los partes de la torre de observacion, del dia 5 desde las diez de la mañana en adelante.

„A las diez. En la cumbre y derecha del cerro del Puercu un número crecido de infantería y caballería, que por sus señales de tres gallardetes, á las que se les contextó, se reconoció ser los nuestros. En este momento se observó que las tropas enemigas de Chiclana y sus inmediaciones se pusieron en vivo movimiento y se dirigieron al campamento de la Bermeja. En este formaron tropas de infantería y caballería con artillería volante que emprendió fuego con una division nuestra que baxó por la playa. Cesó el de artillería, y principió el de fusilería entre unos y otros, y corrió por diferentes puntos del piñar de Chiclana. En este punto las avanzadas enemigas de las Flechas y del molino de Almansa se retiraron al mismo piñar.“

„R-forzaron las baterías del N. y S. de Chiclana con bastante tropa; y las baterías y lanchas nuestras que miran á este frente les hicieron fuego, á que no contestaron.“

„Al tiempo de estas operaciones nuestra tropa de Santipettri empezó á desembarcar en botes á la parte de allá del rio, y se principió á rematar el puente. Á esta hora, que son las dos, nuestra tropa sigue desembarcando y avanza para las Flechas.“

„La accion se ha empeñado en las faldas y á la derecha é izquierda del cerro del Puercu. Los enemigos pierden terreno, segun se infiere de la aproximacion del fuego y de nuestras guerrillas.“

„Dos navios ingleses se han acoderado sobre el Trocadero, y las fuerzas navales combinadas baten al Puerto de Santa María. Los enemigos tripulan sus fuerzas suiles del Trocadero, y un general enemigo pasa del cerro de Santa Ana á la linea del S.“ Hasta aquí los partes.“

„Ya ven vds. que de esto resulta que la division de Santipettri no estuvo ociosa un momento, como podría inferirse de la relacion que vds. han publicado; sino que al instante comenzaron á pasar el rio en botes, mientras se acababa de poner el puente. Una prueba de esto sería, si fuese necesaria alguna mas, que las Flechas se tomaron á las once y quarto, atacadas por la espalda por

las tropas de la expedicion, y por el frente por las que salian de Santipettri, las quales les hicieron los prisioneros, entre ellos un oficial, que alli se tomaron; y sufrieron tambien alguna, aunque corta, pérdida de muertos y heridos.

„Pero ¿porqué no pasaron todas las tropas de Santipettri al momento? Porque tenian que pasar en botes mientras se acababa de poner el puente. ¿Y porqué lo habían cortado? Esa es otra pregunta. ¿No es natural que el general Zayas consultase con el gobierno lo que debía hacer en un asunto tan interesante, y obrase en consecuencia de las órdenes que tuviese? Si señores, es natural; y así será, porque conocidas las personas, es preciso que así sea. El general Zayas no quería ser responsable de un exceso de precaucion si es que en esto pudiera haber exceso.“

„Pero ¿porqué despues de puesto el puente no pasaron todas las tropas y ayudaron á sacar de la accion todas las ventajas que nos ofrecía un enemigo en derrota? La respuesta seria muy delicada si ya vds. mismos no se la diesen aunque indirectamente. En este momento, dicen vds., observando el general Lapeña que no llegaba de Santipettri ningun refuerzo, determinó pasar allá en persona á fin de activar este socorro tan necesario. Llegó con efecto el general á Santipettri, y ya desde este momento no es de mi inspeccion decir á vds. lo que pasó despues. Quéda de vds. &c.“

No nos atrevemos á determinar el sentido de esta reticencia. Mas qualquiera que sea el juicio que militarmente deba formarse de muchas circunstancias difíciles de comprenderse que han mediado en la accion y despues de ella: las verdades que al parecer, resultan en claro son: que la falta de buena armonia entre nuestros generales, ha sido, es, y será una de las principales causas de que se malogren nuestras mejores empresas; que solo la energia del gobierno podria ser capaz sino de remediar enteramente este mal, á lo menos de precaver sus funestos efectos; y que mientras no se aplique así á los generales como á las mas infimo individuos del ejército todo el rigor de la ordenanza; mientras los generales vean que las sorpresas, las dispersiones, y las derrotas de sus ejércitos se miran con indiferencia, y aun se premian como victorias las mas completas; mientras haya,

como hay alguro, que estimulado de su propio honor, solicite en vano como una gracia, que se examine su conducta; no podrá haber disciplina en nuestros ejércitos.

Al fin en la última expedición hemos visto arrollados y derrotados á nuestros orgullosos enemigos: les hemos visto perder quatro generales; gran numero de oficiales; el coronel del regimiento núm. 8., y un ayudante de Victor; 40 soldados entre muertos, heridos, y prisioneros; un águila, seis cañones, y al pie de 30 fusiles; sobre todo les hemos visto abandonar hasta sus propios heridos, que aun dos dias despues de la acción se les estaba trasladando á la Isla. Pero gracias á nuestros aliados! Ellos nos han dado, por lo menos, la mejor prueba de los maravillosos efectos que produce el inflexible rigor de la disciplina.

AVISO.

Con este Número concluye la subscripcion del primer quadrimestre y se abre otra nueva para igual tiempo y en los mismos terminos que la primera con sola la diferencia de que los subscriptores no abitarán mas que 60 rs.

Se suscribe en la calle de la Carne núm. 186; y en el mismo despacho y en el de Fone y Closas calle de S. Francisco se hallarán números sueltos á 4 reales.

Los escritos, anuncios y avisos que se envien para insertar, deberán dirigirse francos de porte. Al editor del Semanario Patriótico; calle de la Carne núm. 186. Cadiz.

Saldrán como hasta aquí los números en los jueves de cada semana; pero advertimos al público que no nos es posible cumplir siempre con exactitud esta obligacion á causa de la escasez de operarios, y de hallarse estos empleados muchos dias en el servicio de la Plaza. El retardo es involuntario de nuestra parte, y esperamos que nuestros lectores lo distingan con la misma indulgencia que hasta ahora.

EN LA IMPRENTA DE D. VICENTE LEMA.